

Sale todos los
Domingos.

EL AGUA,

Su producto es
para las monjas.

FENÓMENO PERIODÍSTICO SIN COLOR, OLOR NI SABOR.

SEVILLA.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO,
plaza del Silencio núm. 25.

Precios de suscripcion.—En Sevilla 6 rs. al mes,
llevado á casa de los Sres. suscritores.
En los demas puntos 7 rs. , franco de porte.

PROVINCIAS.
En las Administraciones
de Correos.

Et cataractæ cœli apertæ sunt.—*Gen. cap. VII. v. 11.*

Habiendo mediado esplicaciones entre nosotros y los redactores de la *Floresta*, se han transijido las insignificantes diferencias que han existido entre ambos periódicos honrosa y cumplidamente.

PENSAMIENTOS

SOBRE LA

SOCIEDAD, EL PODER Y EL GOBIERNO.

(Continuacion.)



Lo que hemos espuesto se deduce, á nuestro ver, la consecuencia importante de que el poder no es, como algunos publicistas han sostenido, un guarismo compuesto de las fracciones de libertad que los hombres cedieran al formar ese imaginario pacto social en que se ha querido fundar la asociacion humana; y lejos de ser un mal necesario es un beneficio de la Providencia, que nos ha dado en él un regulador de la justicia, una fuente de bien y la garantía precisa del órden.

Y en efecto el hombre no ha podido ni debido ceder jamas parte algu-

na de su libertad, ni de su voluntad. Querer, pensar y ser libre, es lo que le constituye en la plenitud de su ser: querer, pensar y ser libre, son sus atributos esenciales; sin ellos la vida sería una maldicion y una miseria. Suponer, pues, que para conseguir el bien necesario de la justicia y del órden, debe el hombre enajenar el todo ó una parte de un atributo esencial de su ser, vale tanto como acusar de impericia la intelijencia divina, atribuyéndole la absurda ley de que un beneficio suyo no pueda gozarse sin el sacrificio de otro, cuando son ambos indispensables para los fines á que ha sido predestinado por ella misma el ser humano.

Hemos dicho que el poder reconoce un orjjen divino. Esto supuesto ¿es el poder divisible?

La razon nos dice que el poder de hacer las leyes, el de mantenerlas contra los ataques de la licencia, y el de juzgar y castigar segun ellas, deben ser ramas separadas del poder público; y el unánime asentimiento de la humanidad

ha reconocido como un axioma, que semejante separacion es una prenda de moralidad en el gobernante, y la mejor garantía del honor y la vida del gobernado.

La historia nos dice que la humanidad, en la perenne lucha que ha sostenido constantemente por alcanzar su emancipacion de la tiranía, ha tenido por mira principal de sus esfuerzos esa misma division del poder, que en último resultado no es otra cosa mas que la libertad política espresada en su mas preciosa fórmula; en la fórmula que asegura al lejislador, al juez y á la fuerza reguladora de la Sociedad, la accion independiente en que estriba el acierto. Si la humanidad no camina al acaso: si es cierto que marcha constantemente y por disposicion divina á la conquista de ciertos bienes: si lejos de retroceder registra á cada paso un nuevo trofeo en sus anales, es imposible dejar de convenir en que la abolicion de la esclavitud, la emancipacion de la clase industrial, la participacion del estado llano en el gobierno, la libre emision del pensamiento, la tolerancia relijiosa, la libertad civil y la division de los poderes públicos en los gobiernos llamados constitucionales, no sean otras tantas adquisiciones provechosas hechas por el género humano.

Por otra parte, si el poder fuese indivisible, la cuestion de gobierno habria quedado resuelta por la voluntad de Dios en favor de la especie de gobierno que la razon del género humano ha reprobado; y de todas maneras semejante decision destruiria, como ya lo hemos manifestado, el ser moral del hombre, aniquilando el libre albedrío.

De lo espuesto creemos poder deducir lójicamente: 1.º Que la soberanía del pueblo es un ente de razon insustentable. La soberanía es el poder unido á la razon: el poder que

ejecuta; la razon que dirige: el poder que sanciona y da vida á la justicia; la razon que la distingue y reconoce. Y ni el poder ni la razon son de orijen humano: propiedad de un ser superior á nosotros, el hombre no tiene de ellas, por decirlo así, mas que el usufruto.

2.º El gobierno absoluto de cualquiera especie que sea, es á saber, el gobierno que reasumiendo en sí el poder, niega la division á su ejercicio, es una tiranía que condena la razon y que se opone al interes bien entendido del género humano.

3.º Los gobiernos mistos, por imperfectos que sean en su esencia y en su forma, son no obstante un progreso en la marcha de la humanidad.

R. M. BARALT.



LA PAZ DEL CORAZON.

BALADA.

Para el que vive ¡Oh Dios! con una vida
Llena siempre de amarga agitacion,
¡Cuánto es dulce ilusion y apeteuida
La paz del corazon!

Esos fantasmas que al mortal persiguen
De orgullo y gloria y vanidad, ¿qué son
Si dar con sus halagos no consiguen
La paz del corazon?

De aplausos y oro, y de dominio y nombre
No me atormente nunca la ilusion;
Que con quimeras tales pierde el hombre
La paz del corazon.

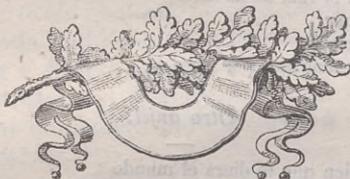
Solo de afectos blandos de ternura
Sienta ajitar mi pecho la emocion;
Que aumenta y no destruye esa ventura
La paz del corazon.

Dios de bondad, mi espíritu no enfrenes
Con la cadena vil de la ambición;
Dáme tan solo un bien de tantos bienes:
La paz del corazón.

Y al fin cuando á mi frágil existencia
Rompa la muerte el último eslabón,
Pueda en el fondo hallar de mi conciencia
La paz del corazón.

Sevilla 10 de Marzo de 1843.

LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.



IMPRECACIONES DEL MENDIGO Y DEL PUELO,

(FRAGMENTO DE UN POEMA.)

Voz del mendigo.

Regado fué con mi llanto
El pan que á veces me dieron:
Pan de oprobio escaso tanto,
Que mis hijos perecieron
Por él clamando transidos,
Con gemidos
Que mi pecho
Laceraban,
Y del rico no llegaban
Al grande y dorado techo.

Un mendrugo que el esclavo
Con desprecio rechazara
De la muerte los salvara,
Y á su boca no llegó.
Mas en cambio, de los grandes
Á caballos y jauría
No faltó cubierta un día,
Y el alimento sobró.

Yo á cabañas y palacios,
Solo armado de tu nombre,
Reclamé, Señor, del hombre,
Una fácil caridad.
Y el que en hartura vivía
Me concedió algunas veces
Una parte de sus heces,
Movido de vanidad.

Y también en ocasiones,
En tu nombre soberano
Me espelió con dura mano
Y esas heces me negó:

¡Que el placer era primero,
Y estaba solo conmigo
Sin mas que tú por testigo
¡Que eres padre de los dos!

Coro de demonios.

La gloria, mendigós, del mundo ensalzemos,
Sus galas, sus pompas, sus armas, sus reyes:
¡Cuán grandes sus artes! ¡Cuán justas sus leyes!
De Dios; oh mendigós! la hechura cantemos.

Un demonio.

Hombre sublime! Tu espaciosa frente
Do plugo al Hacedor la diva llama
De inestinguible luz grabar potente,
Eleva al cielo, que en ardor te inflama.
¿Por qué la inclinas con mirar doliente?
¿No existe el orbe, que por rey te aclama?
¿Ó en ignorada senda peregrino,
Para tí solo se perdió el camino?

Coro de demonios.

Mendigós, cantad;
Que el mundo insonoro
Fuera sin el lloro
Que implora piedad.

Un angel.

También de los siglos veloz peregrino
Cansado ya el mundo depone su carga.
¿Fué corta su vida? ¿fué dulce, fué amarga?
¿Qué puerto á su viaje reserva el destino?

Coro de anjeles.

Feliz el que llora!
Feliz el que espera!
Su llanto atesora
Riqueza postrera:
Es llanto de aurora
Vertido en pradera.

CORO DEL PUELO

Tú hiciste, Señor, que el lloro
De nuestros ojos vertido,
Por milagro convertido
Fuese para el rico en oro:

Un demonio.

¿Y qué importan tu rabia y fieros males
Si en réjia tinta los dorados mantos,
De tu sudor sangriento los raudales
Al son tñeron de variados llantos?

¿Cuya la mano fué que al polvo diera
De Dioses la figura,
Y á su misera hechura
De imaginarios dones revistiera?

¿Cuya la mano que al tocar se pasma
Sus propias obras luego,
Y eleva en triste ruego
De su locura al terrenal fantasma?

Sufre, cuitado, en tu dolor, paciente,
Que al cielo elevas la plegaria en vano:
Fiel á su raza, con furor insano
Devora el hombre al bienhechor clemente.

(Y el coro de demonios repetía,
Remedando la anjélica armonía:)

Feliz el que llora!
Feliz el que espera!
Su llanto atesora
Riqueza postrera:
Es llanto de aurora
Vertido en pradera.

Un anjel.

¿Visteis jamás del sol la viva lumbre
Dorar constante la sublime esfera,
Y del cenit en la remota cumbre
Lucir parado su eternal hoguera?

Siempre en la tarde, con desmayo triste,
Llega al ocaso en funeraria pompa,
Y cual vencido, de la lid desiste
Rota del triunfo la encantada trompa.

Así es la dicha que en mortal desvelo
Codicia el hombre y por lograr se afana:
Lumbre pura tan solo en la mañana:
Cuanto mas grande mas cercana al suelo.

Otro anjel.

Mas debajo el horizonte
Hay para el sol otra vida,
En que su luz bendecida

Á otro mundo dá calor.
Así el alma de los justos
La del pobre, la del triste,
En la muerte se reviste
De los fuegos del Señor.

Y esos fuegos son el dia
De perpetua claridad,
Sin tiniebla que sombria
Robe á Dios su majestad.

Allí la vida es sin sueño:
La ilusion es realidad;
Y desear es ser dueño
De mayor felicidad.

Allí la vida no ha luto:
Es amor,
Sin dolor,
Sin desengaños por fruto.

Otro anjel.

¿El bien que te diera el mundo
Fué por ventura un placer?
De tu pecho en lo profundo

¿Gozar no fué padecer
Los fantásticos ardores

De otros placeres mayores?

Y el dolor que deploraste
¿Fué, bien mirado, un dolor?
Mayor siempre un mal miraste
De tu hermano en derredor:
Y el placer, en lontananza
Te mostraba la esperanza.

Coro de anjeles.

Dejad la tierra infecunda
Peregrinos de dolor;
Que la luz que nos circunda,
Será á la vuestra inferior.

R. MARÍA BARALT.

**LAS INTERRUPCIONES.**

No se siente tan sobrecojido de
terror el viajero que, andando por uno
de los caminos de nuestra amada pa-
tria, oye de repente el tremendo: *la*

bolsa ó la vida, como yo cuando entrando en la redaccion del *Agua*, me siento agarrar por los férreos músculos de *Neptuno*, que así el principal editor se llama, y le oigo decir en acentos espantables: «Cabalmente a-guardábamos á usted. Tome usted «asiento, y escriba.... así.... un artículo chistoso.»

¡Santa Bárbara bendita! ¡pues qué! ¿no hay mas que decir *escriba usted un artículo chistoso?* ¿Y es un artículo de esta naturaleza buñuelo que se echa á freír? ¿Tengo yo una alberca de chistes, en que no hay mas que echar el anzuelo para sacarlos á millares?

Sería sin embargo perder tristemente el tiempo que Dios me concede, si me pusiese á proponer estas cuestiones al susodicho editor. Aunque se llama *Neptuno*, es mas inflexible que *Radamanto*, y habiendo pronunciado la sentencia fatal, no hay mas remedio que obedecer. Tomo pues la pluma, y con cara de vinagre me siento para escribir chistes.

Todos aquellos á quienes se les alcanza algo de achaques de literatura, saben que cuando un autor se halla algo apurado, ó por mejor decir, estético (literariamente hablando), y no halla ni palabras ni ideas para cubrir el albo neófito que en forma de un pliego de papel se halla sobre la mesa; no tiene mas remedio que pellizcarse la nariz y los labios, morder la pluma y ejecutar otras evoluciones que la esperiencia de los siglos ha probado que son las mas útiles para ayudar el alumbramiento de su apurada mente. Tal es el sistema que he seguido en estas circunstancias escepcionales, segun la fraseología del dia, y lo recomiendo á mis lectores como el mas útil para semejantes casos.

Sentéme pues, ante la mesa, y siguiendo el notable plan que arriba dejo indicado, ya empezaba á sentir

que las partículas chistosas, obedeciendo á las leyes de la atraccion, empezaban á reunirse en un centro comun, y á tomar una forma tanjible, cuando entrando en la redaccion uno de los aspirantes infantiles á los honores de cajista, exclamó con estentórea voz: *faltan orijinales.*

No es mas terrible al navegante el torvo
Rujiente seno de la mar undosa,
Cuando sus olas gigantescas alza,
Muertes y espumas y furor vertiendo,
Que á mi pecho es

la voz de un cajista que pide orijinales. Las ideas se evaporan, el número huye, se dispersan las partículas de que ántes hablé, y tengo que volver al antiguo sistema que recomendé á mis lectores.

Sin embargo, la paciencia de *Job* me asistía. Volví á sentarme ante la mesa, empuñé con el furor de la desesperacion la pluma, y ya empezaba á reunir mis ideas, cuando entra en la redaccion uno de esos torbellinos compuestos de aire y vapores estraños que el mundo llama poetas. Bajo el sombrero calañes que cubre su poético cráneo, aparecen dos ojos que vagan constantemente de un objeto á otro, y dos grados mas al Sur se descubriría la boca si no fuese por el bigote, que la cubre. Apesar de la funesta esperiencia que ya tengo, sigo meditando en los chistes que me veo obligado á dar á luz, cuando acercándose á mí el torbellino me tira familiarmente de la barba, me pregunta *¿cómo estais?* y antes que tenga yo tiempo de contestar me lo veo al otro lado del aposento, desenvainando una composicion, y apoderándose de una víctima, que por casualidad se hallaba en aquellas rejiones, se la empieza á declarar al estilo moderno de canto-llano; descubre un verso que tiene mas piés de los necesarios, se viene hácia mí, me arranca la pluma de la mano para hacer una correccion, vuelve al lugar

en que se dejó la víctima, y descubre que esta, aprovechándose de tan favorable ocasión, había tomado las de Villadiego.

El ruido con que acompañaba todos estos movimientos, ahuyentó por supuesto mi inspiración, dejé la pluma y me puse á observar lo que hacia.

Viendo pues el torbellino que la víctima había logrado escaparse del sacrificio, tendió la vista por las regiones de la redacción en busca de otra. ¡Vana esperanza! Todos los circunstancias estaban con las caras vueltas hácia la pared, leyendo con laudable atención los periódicos que habían asido, como ase el náufrago una tabla en la deshecha borrasca, y sin cuidarse de la antigüedad de las fechas. En estas circunstancias creyó inútil hacer otra tentativa, y volvió á depositar el manuscrito en las misteriosas concavidades de su bolsillo.

Tomó también su periódico, y volví yo á tomar mi pluma, cuando me lo veo abalanzarse á un jóven que acababa de llegar de Madrid y á quien nunca había visto; lo agarra por el hombro, le hace dar media vuelta, y encajando el dedo en uno de los ojales del chaleco, le pregunta: « hombre ¿usted asiste á la tertulia del conde? Pues hombre, todos los jóvenes aficionados á literatura van á su casa » y antes de que el asombrado *interpelado* tenga tiempo de responder á tan brusca pregunta, da el torbellino una pirueta, se apodera de un pliego de papel, vuela el tintero, revuelve los orijinales, y en fin hace tanta torería, que *Neptuno* se ve obligado á suplicarle que se marche.

Aunque se consigue este fin, no me libro yo del dolor de cabeza que me ha causado el ruido insoportable. Quiero coordinar mis ideas, y no puedo. El torbellino está dentro de mis cascos, y renunciando á la esperanza

de producir algo, calo el chapeo, requiero las gafas, tomo la pluma, y escribo en el pliego que está delante de mí:

Malditos sean los artículos chistosos. Amen.

JUAN LANAS.



FRAGMENTOS (1)

DE UN CUENTO INÉDITO

INTITULADO

EL SOMNAMBULO.

Breves son del amor las alegrías
Sobre este valle inculto de malezas:
Presto se tornan sus dichosos días
Noches de luto y pésame y tristezas.
Esas plegarias que al Eterno envías
Llorando, Ines hermosa, tus flaquezas
Son las horas amargas y dolores
En que mueren de amor rotas las flores.

Tú, infeliz niña, con el alma pura,
Mientras crecía tu amoroso anhelo,
Prestabas á la tierra tu hermosa
Y ángel la hiciste, en tu ilusión, un cielo:
Y así anegada en celestial ventura
Y dulce amor sin mancha ni recelo,
Blanca espuma de un mar en suave calma
Meció tus dichas y arrulló tu alma;

Y al abrasarte la amorosa hoguera
Que acrisoló tu enamorado pecho,
El mundo para tí mundo no era,
Sino un Edem para tus glorias hecho:
Y era tu amor inmenso de manera
Que le venía el universo estrecho,
Y en mundos amorosos que finjía
Mas libre y mas grandioso se estendía....

¡Ay triste Ines! y con tan gran ventura,

(1) El hijo de un somnábulo, de clase humilde, tiene impuros amores con una jóven de alta condición.

Aquí el autor se dirige á la madre deshonrada, y despues al niño, que metido en una cesta es enviado á su abuelo el somnábulo, á quien se encomienda su guarda.

Ya sin ventura á tu destino cedes:
El Dios que inflamó el mismo tu ternura
Te escribió tu sentencia en las paredes:
Y hoy la carga de penas y amargura
Que apenas sobre el alma llevar puedes
Crúel te abisma en el horror del mundo
Y te abandona entre su cieno inmundo.

Madre infeliz que al regocijo santo
De madre tierna el corazon no entregas,
Y en hora aciaga, con secreto llanto,
El dulce fruto de tu amor anegas:
Llora deshecho el ilusorio encanto
De las de amor inspiraciones ciegas,
Oculta, Ines, en queja silenciosa
Que lloras madre, sin honrarte esposa.

Pálida como el rayo de la luna
Que iluminó tu virjinal desdoro,
Esconde, Ines, al hijo sin fortuna
Que nace á ser tu pesadumbre y lloro:
Ni en darle el pecho, ni en mecer su cuna
Gozes, ó madre, del filial tesoro,
Y ni un suspiro tu dolor arroje,
¡Ay! ni una perla tus mejillas moje.

Un beso al niño en la serena frente
Triste le dá, y tu amarga despedida,
Cual dulce besa y maternal la fuente
La tierna flor en su cristal nacida:
Cíerese en sí tu corazon doliente,
Y haga en sus penas misteriosa vida,
Como el austero cenobita encierra
Su hondo dolor bajo la oculta tierra.

Y finje, Ines, las locas alegrías
Á que en tu amor, dichosa, te entregabas,
Ríe cual un tiempo con placer reías,
Canta cual antes sin dolor cantabas:
Mas si traspasan su barrera impías
Las crudas penas que encubrir pensabas,
Llora, y finje, *doncella*, cuando llores....
Que te ha tronchado el aquilon tus flores.

Y al par que busquen tus amigas bellas
Pretestos mil para gozar del mundo,
Búscalas tú para alejarte de ellas
Al hondo caos de tu dolor profundo:
Y del dolor ensancharás las huellas
Siempre en dolores tu dolor fecundo
Hasta ocupar tu corazon austero
Con el cadáver de tu amor primero...

EL HUÉRFANO.

Yace en el cesto cual Moisés segundo,
Cuya vida á su madre una ley veda;
Como aquel en el Nilo, este en el mundo,
Librado á Dios entre sus ondas queda.

Mas ¡ay! no dan á su horfandad asilo
De otra princesa en el palacio réjio:
Solo, al sagrado náufrago del Nilo
Dios otorgó tan alto privilejio:

Ni á su capricho brotará la roca
Agua que apague la su sed ardiente,
Ni del maná para su hambrienta boca
Habrà un manjar que su desmayo aliente:

Y si la senda de la vida, incierto,
Vaga en la noche del error perdido,
Sabrá que la ignea nube se ha estinguído
Que alumbraba al profeta en el desierto:

Y las plagas del hombre, en su contajio,
De áspera lepra mancharánle el pecho,
Sin que, á fuer de Moises, á su sufrajio,
Vea de las plagas el rigor deshecho:

Y cuando el mal le siga con enojo,
Y huyendo el triste en su barquilla bogue,
Aprenderá del llanto que lo ahogue
Que no se pasa enjuto este MAR ROJO.

Ni fé, ni relijion verá en su tierra,
Proscripta la virtud, sin Dios el templo:
Librelo un ángel del fatal ejemplo
Del vicio en triunfo y la ambicion en guerra.

¡Pobre niño inocente! la fortuna
No te hará otro Moises en ciencia y gloria;
No tendréis de comun mas que la cuna,
Y de la tuya olvidarán la historia.

Mientras de aquel el soberano acento
Dura inmortal sobre Israel tronando,
Se pierde, vil criatura, tu lamento,
Como el trino de un ave triste y blando.

Y sin embargo tú, niño sin nombre,
De crudas penas en tu infancia mueres:
Parece que adivinas que *quien eres*
Va á preguntarte, *con escarnio*, el hombre.

Ó que demandas, débil, de tu padre
El dulce albergue y cariñoso techo,
Donde te diera con amor tu madre
El manantial de su fecundo pecho.

Pobre niño inocente! tambien llanto
Vierten los ojos de tu madre hermosa:
Perdónala... es mujer!.. y es su quebranto
Que llora madre sin honrarse esposa.

Tú eres vivo padron de su pecado,
Tú pena que ahuyentó sus alegrías,
Tú eres el ser que el cielo le ha enviado
Para manchar y consumir sus días.

Y para doble afán y mayor pena
Siempre tu imájen su dolor alhaga:
Eres la hiel que alivia su honda llaga,
Y el bálsamo á la par que la envenena.

Huérfano, adios, adverso es tu destino;
Ningun calor da el sol á tu vil cuna:
Pronto será que, andado tu camino,
Tu huesa alumbre, pálida la luna.

GABRIEL ESTRELLA.



SONETOS.

Á LA GIRALDA.

¡Salve! gigante torre, gran sultana
Que á Sevilla á la par guardas é imperas,
Y de los siglos el embate esperas
Descollando entre todas soberana.

Eres sola en Europa, que tu hermana
Se eleva en el Oriente entre palmeras,
Y del Bétis envidia las riberas
Por mirarse en su linfa una mañana.

Torre gentil, si lloras en gran duelo
La ausencia de tus hijos relegados
Del África abrasada á las arenas;

Sirva á tu afán de plácido consuelo
El saber que allá en climas apartados
Sueñan contigo por calmar sus penas.

AL REY D. PEDRO.

Con pié firme subiste al solio ibero
En el fuerte vaiven de tiempos varios,
Te llamaron *Crüel* tus adversarios,
Y los tuyos *D. Pedro el Justiciero*.

De tí justicia recibió el pechero,
Y castigo los grandes dignatarios;
Que si todos se hicieron tus contrarios,
Fué porque les dijiste.... «Yo el primero.»

Cuenta la historia en frágil escritura
Los casos que nosotros no sabemos
Y ocultan con su niebla cuatro siglos;

Poco importa su afán; que tu figura
Radiante y colosal do quiera vemos,
Aun cercada de sangre y de vestiglos.

L. PEREZ DE ACEVEDO.



LA MISA DEL ATEO.

POR BALZAC.

(Traducida por F. D.)

Un médico á quien la ciencia debe una brillante teoría fisiológica, y que jóven aun ha logrado colocarse entre los hombres mas célebres de la escuela de París, centro de ilustracion venerado por todos los médicos de Europa; el doctor Bianchon, practicó largo tiempo la cirugía antes de dedicarse á la medicina. Sus primeros estudios fueron dirigidos y vijilados por uno de los mejores cirujanos franceses, el ilustre Desplein, que pasó como un metéoro en la ciencia. Por confesion de sus mismos enemigos sepultó en su tumba un método intransmisible: como todos los hombres de ingenio, no tenia herederos, y todo lo llevaba y arrastraba consigo. Los cirujanos tienen, con relacion á la gloria, algunos rasgos de semejanza con los actores; solo existen en vida, y su habilidad no se aprecia mas allá de su tumba; son, por decirlo así, héroes del momento. Este principalmente, cuyo nombre solo existe ya en la memoria de algunos, y que permanecerá

indeleble en su ciencia especial sin traspasar empero sus límites, porque se necesita el concurso de estrañas é inauditas circunstancias para que el nombre de un sabio pase á la historia general de la humanidad; Desplein, decimos, poseía un golpe de vista admirable: penetraba íntimamente al enfermo y la enfermedad por medio de una intuicion adquirida ó natural, que le permitia comprender los diagnósticos particulares de cada individuo, y determinar el momento preciso, la hora, el minuto mas conveniente para operar, teniendo en cuenta las circunstancias atmosféricas y las singularidades del temperamento. ¿Habia estudiado, para caminar así de consuno con la naturaleza, la incesante mezcla de los seres y de las sustancias alimenticias contenidas en la atmósfera ó esparcidas en la tierra para que el hombre las absorva, las prepare y las asimile á su propia sustancia? ¿ó procedía por aquella fuerza de deduccion y de analogía que formó el talento de Cuvier? De cualquier modo que fuese, este hombre habia llegado á ser el confidente de la organizacion, y apoyándose en lo presente, la comprendia lo mismo en lo pasado que en lo futuro, de tal manera, que es casi imposible dejar de creer que este perpetuo observador de la química humana poseía la antigua ciencia de la májia, es decir, el conocimiento de los principios en fusion, las causas de la vida, la vida antes de la vida, y lo que ella será por sus preparaciones aun antes de ser. La atmósfera terrestre era para él un saco generador; consideraba á la tierra como á un huevo en su cáscara, y no pudiendo saber si el huevo habia precedido á la gallina, ó la gallina al huevo, ni admitia el gallo ni el pollo, ni creia en el hombre posterior ni en Dios. Empero Desplein no dudaba, afirmaba; su ateismo era puro y franco como el

de muchos sabios, hombres honrados por otra parte, pero tan aferrados en su ateismo, como lo estan las personas religiosas en negar que hay ateos.

Entre todos los discípulos que Desplein tuvo en su hospital, Horacio Bianchon fué uno de los mas queridos. Antes de ser *interno* en el Hotel-Dieu, Horacio Bianchon era un estudiante de medicina que habitaba en una miserable casa de huéspedes del cuartel latino, conocida bajo el nombre de la Casa-Vauquer.

Este pobre jóven sufría allí los rudos golpes de esa ardiente miseria, especie de crisol de donde los grandes talentos deben salir puros é incorruptibles, como diamantes que resisten sin romperse toda especie de choques. Al violento fuego de todas sus pasiones desencadenadas, adquieren la probidad mas inalterable, y se avezan á todo género de luchas por el trabajo constante en que se encierran sus apetitos burlados. Horacio era un jóven recto, pundonoroso, de buenas obras y pocas palabras, y tan dispuesto á empeñar su capa por sus amigos, como á consagrarles su tiempo y sus vijilias; era en fin, uno de esos amigos que no calculan lo que reciben en cambio de lo que dan, seguros de recibir á su vez mas de lo que dieran. La mayor parte de sus amigos le miraban con aquel respeto interior que inspira una virtud sin énfasis, y muchos de ellos temian su censura, no obstante que desplegaba sin pedantería sus bellas prendas; no era *puritano*, ni regañon; envolvía graciosamente un juramento con un consejo, y corria gustoso una broma de taberna cuando se le presentaba ocasion; era un buen camarada, tan hipócrita como puede serlo un corazero, injénuo y franco, no como un marino, porque el marino de estos tiempos es un astuto diplomático, sino como un excelente jóven, que sin necesidad de ocultar



cosa alguna de su vida, marcha con la cabeza erguida y el pensamiento risueño. En fin, para decirlo de una vez y ahora que los acreedores estan mirados como la figura mas real de las antiguas Furias, Horacio era el Pylades de mas de un Orestes.

Sobrellevaba su miseria con ese buen humor que es quizá uno de los mayores elementos del valor, y como todos los que nada poseen, contraia pocas deudas; era sobrio como un camello, vijilante como un ciervo, y sobre todo constante en sus ideas y en su conducta. La felicidad de Bianchon empezó desde el dia en que el ilustre cirujano conoció las cualidades y los defectos que hacen doblemente estimable al doctor Bianchon. Cuando un catedrático en jefe de clínica toma bajo su proteccion á un jóven, bien puede este decir que tiene asegurada su fortuna. Desplein no dejaba de llevar consigo á Bianchon para que le asistiese en las principales casas, donde casi siempre caia alguna buena gratificacion en los bolsillos del *interno*, y donde se revelaban insensiblemente al pobre estudiante de provincia los misterios de la vida parisiense. Desplein durante sus consultas le retenia en su gabinete, le empleaba en ellas, á veces le enviaba á los baños con algun enfermo rico, y en fin, le preparaba una clientela.

Habiendo dicho un dia Bianchon á Desplein que un pobre aguador del cuartel de Saint-Jacques padecia una enfermedad horrorosa producida por las fatigas y la miseria, porque el infeliz Auvernés se habia alimentado únicamente de patatas durante el largo invierno de 1821, Desplein abandonó todos sus enfermos, y con riesgo de rebentar su caballo, voló seguido de Bianchon á casa del desgraciado, á quien él mismo hizo conducir al hospital establecido por el célebre Dubois en el arrabal St. Denis. Allí continuó

asistiéndole con el mayor esmero, y cuando le vió restablecido, le dió la cantidad necesaria para comprar un caballo y un barril. Este Auvernés se hizo notable por un rasgo orijinal. Habiendo caido enfermo uno de sus amigos, al punto le llevó á casa de Desplein; diciendo á su bienhechor.— «Nunca habria permitido que fuese á «casa de otro.» Desplein á pesar de su áspera condicion estrechó la mano al aguador, diciéndole; — «traédmelos todos.»

Bianchon habia ya observado muchas veces la predileccion de su gefe hácia los naturales de Auvernia, sobre todo si eran aguadores; pero como Desplein cifraba su orgullo en el buen tratamiento de sus enfermos del *Hôtel-Dieu*, no lo estrañó el discípulo.

Atravesando un dia Bianchon la plaza de St. Sulpice á las nueve de la mañana, vió entrar á su gefe en la iglesia. Desplein que acostumbraba entonces á no dar un paso sin *cabriolé*, iba á pié, y se escurrió en la iglesia por la puerta que da á la calle del Petit-Lion, como si hubiese entrado en una casa sospechosa. Movido naturalmente de curiosidad, el *interno*, que conocia las opiniones de su maestro y que era *Cabanista* como un *dyablo* con y griega (lo que segun Rabelais da cierta superioridad diablesca); Bianchon se introdujo furtivamente en St. Sulpice, y ¡cuál seria su admiracion cuando vió al gran Desplein, al ateo, al intrépido *mofador*, humildemente arrodillado en la capilla de la Virgen, oyendo una misa, dando para los gastos del culto, para los pobres, y todo esto con un aire tan sério, tan formal como si se tratase de una operacion quirúrgica! Es imposible describirla.—Si yo le hubiese visto, se decia, llevando las borlas del palio en una fiesta de *Corpus*, solo habria encontrado en ello un motivo de risa; ¡pero á esta hora, solo, sin

testigos, ciertamente que esto me da en qué pensar!

Bianchon no quiso aparecer como espía á los ojos del primer cirujano del Hôtel-Dieu, y se marchó. Casualmente Desplein le invitó el mismo día á que le acompañase á comer en la fonda, y Bianchon por medio de hábiles preparaciones hizo que á los postres recayese la conversacion sobre el sacrificio de la misa.

Con este motivo, Desplein dió gustoso rienda suelta á toda su vena de ateo, y encajó un sin número de sátiras *volterianas*, ó por mejor decir, una detestable imitacion del *Citador*.

¡Cáspita! se decía Bianchon á sí mismo: ¿es este mi devoto de esta mañana? Llegó á dudarlo y no quiso seguir por mas tiempo la conversacion. Ambos se conocian sobradamente bien, para que Desplein se hubiese tomado el trabajo de enganar á Bianchon; no era la vez primera que habian hablado juntos de cosas tan graves como esta, y discutido sistemas de *natura rerum*, profundizándolos ó disecándolos con los cuchillos y el escalpelo de la incredulidad. Por eso se pasaron tres meses sin que Bianchon hiciese mas averiguaciones sobre este hecho, aunque quedó profundamente grabado en su memoria.

(Se continuará.)



EL IMPARCIAL.

De politica reniego
Con toda sinceridad,
Mas es mi fatalidad
Que me prive del sosiego
Un necio que me atropella.
—Yo tambien reniego de ella

Me dice, y así podremos
Hablar sin hacer estremos,
Porque soy muy liberal
Y amo mucho á la nacion,
*Y como soy imparcial
Hablo de esto sin pasion.*

Me resigno y no respondo,
Y él dice,—pues bien estamos;
A propósito leamos
Este artículo de fondo.
¡Válgame Dios, qué dislates!
Nunca he visto disparates
Como los que este hombre escribe.
Es un bárbaro, un caribe.
Le clavaria un puñal
Con gusto en el corazon....
*Pero soy muy imparcial
Y hablo de esto sin pasion.*

¿Vió usted la candidatura
Que ayer al mundo hemos dado?
Toditos hombres de estado.
Pero no hay mas que basura
En la del otro partido.
¿Creerá usted que han ofrecido
Un asiento en el congreso
Á D. Ticio? ¡hombre de peso!
Si á semejante animal
Se da representacion....
*Pero soy muy liberal
Y hablo de esto sin pasion.*

¡Cuánto desbarro se nota
En estas cosas del día!
¿Quién, Señor D. Juan, diría
Que existe un solo patriota?
No Señor, es necesario
Un hombre que á su contrario
Haga probar acebuche;
Ni llanto, ni queja escuche
Y que aplique en general
El palo sin compasion.
*Pero soy muy liberal
Y hablo de esto sin pasion.*

Haya en todo libertad,
Y que el poder se equilibre.
—Pues Señor, que Dios me libre
De tal imparcialidad.
—Ya ve usted que yo no pido
Ningun sueldo muy subido,
Poco es lo que aguardo, creo;
Y como soy....—Ya lo veo,
Porque así por nuestro mal
Anda todo en la nacion,
*Y ya nadie es imparcial,
Ni habla nadie sin pasion.*
J. M. de M.



MAGDALENA.

NOVELA ORIGINAL

DE D. GABRIEL ESTRELLA.

- Un brindis!
 —Sí, un brindis!
 —Por la mas hermosa.
 —No, por la mas alegre.
 —El amor es soberbio asunto para brindar.

—Mejor es la embriaguez.

—Señores, un brindis que reúne todas las opiniones; oid. Brindemos por la mas hermosa y por la mas alegre que tenga mas amor y mas embriaguez.

—Bien, bien, capitán! sois un excelente orador: brindemos, brindemos.

Por si al lector no le ha ocurrido todavía, discreto será advertirle que nuestra mala estrella nos ha metido hasta los ojos en una mísera casa. Bien quisiera el que publica esta verdadera historia no parecerle licencioso en su decir, y ya hará en ello cuanto le sea dado; pero si en alguna ocasión no alcanzase su propósito, tenga su crítica el lector, que el autor está seguro de que al fin se le habrán de perdonar, en gracia de las interesantes figuras de su cuadro, las sombras y el colorido de que se valga.

Dije que estábamos en una mísera casa, hablando como un filósofo; mas hablando, como yo suelo hablar, no tan solamente no es así, sino que la tal casa es asaz rica y dichosa,

puesto que arde en luces y en espejos, tiene puertas y paredes con sendas colgaduras damasquinas y vistosos cuadros, y náda en la alegría y en la opulencia; creo pues que nada le falta.

En el momento en que empieza mi historia están precisamente diez jóvenes parejas de ambos secos divertidas en los placeres gastronómicos de una espléndida cena: abundan, como estímulos para el amor, los licores mas espirituosos; rien, golpean, gritan, y hay quien está ya tan beodo en la concurrencia, que echa vino en la ensalada, al sazónarla, tomándolo por aceite, y quien echa por el contrario de buena fé, aceite ó vinagre en su copa, tomándolo á su vez por vino: con cuyo motivo arman zambra y quimera á la pobre señora de la casa sobre si la ensalada, por causa del mal aceite, parece un brevaie, y sobre si el vino que ha puesto en las botellas parece un puche de los infernos. Y hé aquí la razon, porque uno gritó, despues del brindis con que comenzamos.

—¡Eh! ¡bruja! juraría que el vino de tus botellas parece aceite.

—Pues yo pondría mi mano en el fuego por que es vinagre.

—Esto es aceite.

—Esto es vinagre.

—Con perdon de ustedes, caballeros míos, ese es vino del mas rico y generoso que hay en esta tierra.

—¡Maldita! pues bebé de mi copa.

—Bebe tambien de la mia.

Y alargaron sus copas prestamente, y al tocar la concurrencia el desengaño, y al ver la fatiga, arcadas y ridículos visajes de los beodos, entónces mohinos, hubo una explosión general de estrépito y carcajadas.

(Se continuará.)